

CONSTRUCTORA DEL SUR, S. A. DE C. V.

AV. INSURGENTES N° 377 - DESP. 503 Tel. 25--23--35.

MEXICO, D. F.

a 10 de enero de 1956.

Señor Profesor
Jesús Romero Flores.
México, D. F.

Maestro:

Por conducto de las Josefinas -una mía y otra de - Cholín (Ortiz Servín, Don Francisco), he tenido noticias de usted. La primera me dijo del encuentro reciente que sirvió para que bondadosamente como siempre, me ofreciera el último de sus libros o sea que me tiene dispuesta su última lección. Gracias, Maestro, y no olvide que la única razón válida para que un día cometiera el pecado de inautenticidad de pintar mis canas, sería para atenuar la pena, pena por el contraste de mi edad con la de los titulares actuales de sus cátedras, de asistir ya viejo a la mañana eterna del aula en que canta su palabra docente. Perdóneme este acento - de melancolía y no se arreocienta de la generosa oferta de su libro. La segunda de las Josefinas me ha tenido al corriente de sus (de usted) labores en La Piedad: Que una Escuela lleva su nombre; que ha dotado a ese pueblo con el tesoro de su biblioteca; que está consiguiendo que lo visiten gentes de las que hace muchos años le oí nombrar en nuestros cursos de Literatura, como ~~el~~ don Rómulo Gallegos; que gracias a usted, animador siempre, los piedadenses asisten y disfrutan de ciclos de conferencias; que los periódicos de su tierra natal publican artículos, discursos y cuentos del hijo predilecto. Admiro fervorosamente la alegría del optimismo y la confianza por la obra propia ;tan valiosa! con que usted se muestra el maestro perenne, y por contraste, me entristece mi esterilidad, tanto, que a veces me parece oír el reproche de las hojas secas, del canto de los pájaros, de las briznas de lluvia que interrogaban agresivamente al frustráneo Peer Gynt, cuando regresaba a su aldea. No sé si Stekel incluyó en sus Estados Depresivos de Angustia las horas amargas del hombre quijotesco en la agonía, cuando va a negar la existencia de Dulcinea y a afirmar dolorido que "en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño". No he compartido nunca la euforia sencilla de los educadores, buenos o malos, y lo único por lo que siempre he sentido un gran amor es por un lugar en los salones de enseñanza. Con placer he contestado en las Logias masónicas la interrogación del ritual: ¿Qué venis a buscar entre nosotros?, con la fórmula humilde y jubilosa: Un lugar desde donde pueda recibir vuestra enseñanza. El gran amor por mí mismo - que tantas veces se me ha reprochado es cierto, pero me amo a mí mismo como discípulo, porque nunca he podido concebirme de otra manera, aunque sea en el anhelo.

Estas líneas le mostrarán mejor que cualquier otro medio expresivo, el interés que tengo de recibir su libro y la oportunidad de darle un abrazo.

Manuel López Pérez.